

Ejecutor 14: la violencia y la muerte como la única esperanza posible

Por Leonel De Gunther D.
leonel.degunther@unison.mx

El viernes 16 de marzo de 2018, en un pequeño teatro del Departamento de Bellas Artes de la Universidad de Sonora, a tres horas de la frontera con Estados Unidos, en una ciudad real e imaginada del norte de México, a las 20:00 horas, Nicolás Rivera, un joven actor, aparece en escena con una intensidad sorprendente para interpretar Ejecutor 14, una obra de 1989, de Adel Hakin, fallecido apenas en agosto del año pasado. Una puesta en escena bajo la dirección del maestro Marcos Gonzáles.

La obra nos recuerda innumerables situaciones actuales, sea la historia de *Plomo sobre papel* de Randa Maddah, donde la autora da cuenta del ajuste emocional de los niños sirios menores de siete años, quienes no conocen otra cosa que no sea la situación de guerra. *La barca de la medusa*, no la de Théodore Géricault, sino la del grafitero contemporáneo Banksy, quien coloca su estencil en alguna pared de la ciudad de Calais, al norte de Francia y agrega: "no todos vamos en el mismo barco", para retratar la exclusión del proceso migrante y con ello, el olvido, la violencia y la muerte de la gente que huye de la guerra siria. También recuerda la imagen de "Je suis Charlie", el eslogan de Roncin, en la que la imagen de Mahoma publicada por el irreverente Charlie Hebdo, pudo ser el detonante de una guerra religiosa entre Europa y Oriente Medio, aunque costó vidas en París, Francia, pero aquí, en México, en Sonora, en Hermosillo, en esa



ciudad imaginada y posible, al término de la función, cito de memoria: el maestro González decía, “a pesar de haber sido reconvenido por ello, hemos olvidado la cantidad de muertos de la Revolución mexicana... hemos olvidado la cantidad de muertos de la Guerra cristera..., hemos olvidado los muertos de los últimos diez años, cerca de doscientos mil. Debemos repensar la violencia como si la obra fuera un indicador de ello”.

En esto el maestro González tiene razón, quizá, lo que no tenemos ahora son los mecanismos para solucionarla ni siquiera pensarla. De ahí que el cómo sí -de estructura kantiana- sea sólo un mecanismo sintético del pensamiento y la obra una estrategia analógica para pensarla.

Nicolás presenta a un hombre, un personaje normalizado en la violencia de la guerra. Es un hombre de “Nowhere Lad” o un “Nowhere Man”, un hombre de ninguna parte, pero esa falta de ubicuidad lo coloca en cualquier parte dotando de sentido la ausencia de contexto. Es por ello, que su personaje cuenta su historia mientras se protege de las balas, bombas y extrañamientos. Su voz alumbra el teatro oscuro, salpicando con su saliva y sudor emocional el templete que lo acoge. Su vida y muerte transcurre ahí, en una escenografía austeramente creativa que invade el graderío de los exiguos asistentes, un templete de tres por tres y en un recorrido de cinco por cinco, que bien podría ser menor, entre bloques de cemento derruidos.

Su vida oscila en la normalización creativa de los acontecimientos, sin futuro posible. Cuatro bloques de cemento son manipulados con la delicadeza que da la fuerza y la preparación actoral de Nicolás, con ellos construye su historia sea como refugio, ventana o podio para expresar el ánimo religioso, sea como mole violenta para expresar la rabia.



*Sin título
Alan Ortega*

Una construcción atrapada en un “presentísimo”, ni el pasado ni el futuro son reales, una sucesión del ahora es todo lo que existe. El pasado es presente, el recuerdo como memoria es sólo presente, de ahí que sea enfermizo y “enfermante”: ¿qué puede hacer un hombre o una mujer sin futuro, entre la violencia presente? ¿O al menos, sin un futuro posible, en cuyo caso no sea la violencia o la muerte? Es también un eternalismo, donde sin distinciones se experimenta el presente, es también un “view from nowhen”, una visión desde fuera. Es quizá por ello que se actualiza el dictum heideggeriano: de dos cosas estamos seguros, de que vivimos en un mundo que no podemos controlar y de que vamos a morir. Saber eso es saber suficiente. Saber eso es saber el futuro que nos espera.

El vigor actoral de Nicolás inunda la sala casi vacía, es una función especial para quienes no asistimos a la temporada. Nicolás está en personaje, es un hombre de ninguna parte, es un observador externo de su interioridad, pero actualiza al hombre y a la mujer de Hermosillo, Sonora, México en la locura celular que lo recorre. Una locura que retrata la vida interior, el mundo interior fragmentado y desarticulado de lo real. El personaje de Nicolás está muerto antes de morir. La esperanza es la muerte que por él espera, después de todo cuando el mundo se convierte en inmundicia, en un no mundo lo único posible es la muerte, así como la única esperanza por aceptar.

La obra es un ejemplar, que en su ejemplificación nos da acceso a otras lógicas para pensar la violencia, tan necesarias en estos momentos, una violencia global que salta de ejemplo en ejemplo desde cualquier rincón del mundo.



Foto: Zaira León